



BRAM STOKER

DRÁCULA

ILUSTRACIONES DE
BEATRIZ MARTÍN VIDAL

ANAYA

A mi querido amigo Hommy-Beg¹

La lectura de este manuscrito pondrá de manifiesto cómo se ha colocado en orden de sucesión. Se han eliminado todos los materiales innecesarios, de modo que pueda presentarse objetivamente una historia que está casi reñida con las creencias de nuestros días. No existe en él ninguna afirmación respecto a las cosas del pasado en que pueda fallar la memoria, pues todos los documentos que se han elegido son rigurosamente contemporáneos, tomados según el punto de vista de los que los redactaron, y siempre dentro del campo de sus conocimientos.

CAPÍTULO I

DIARIO DE JONATHAN HARKER (Notas taquigráficas)

3 de mayo. *Bisrita*.—El uno de mayo a las 8:30 de la tarde salí de Munich y llegué a Viena a primeras horas de la mañana siguiente; tendría que haber llegado a las 6:46, pero el tren sufrió una hora de retraso. Budapest parece una ciudad maravillosa a juzgar por lo que pude vislumbrar desde el tren y por el corto paseo que di por sus calles. No me atreví a alejarme de la estación, ya que habíamos llegado tarde y partiríamos a la hora más aproximada a la señalada. La impresión que recibí fue que estábamos saliendo de occidente e internándonos en oriente. El más occidental de los espléndidos puentes que cruzan el Danubio, que aquí alcanza una profundidad y anchura de proporciones verdaderamente nobles, nos sumergió en las tradiciones de la dominación turca.

Salimos con bastante puntualidad, y llegamos a Klausenburg después del anochecer. Me alojé en el Hotel Royal. De comida, o más bien de cena, tomé un pollo un poco fuerte, aderezado con pimentón; era muy bueno, pero me dio mucha sed. (Tengo que pedir la receta para Mina). Pregunté al camarero, y me dijo que se llamaba *páprika hendl* y que, como era un plato nacional, podría tomarlo en cualquier punto de los Cárpatos. En esta ocasión me resultaron muy útiles mis escasos conocimientos de alemán; en realidad, no sé cómo podría seguir sin ellos.

Durante mi estancia en Londres me quedó tiempo libre para visitar el Museo Británico, en cuya biblioteca consulté libros y ma-

pas relacionados con Transilvania. Pensaba que no me vendrían mal ciertos conocimientos previos sobre el país a la hora de tratar con un aristócrata del lugar. He descubierto que la comarca que él menciona se encuentra en el extremo oriental del país, en la frontera de tres Estados: Transilvania, Moldavia y Bucovina, en medio de los montes Cárpatos, una de las zonas más agrestes y menos conocidas de Europa. No di con obra ni mapa alguno que señalase la localización exacta del castillo de Drácula, pues no existen mapas de este país equiparables a nuestros mapas militares, pero averigüé que Bistrita, la ciudad de posta mencionada por el conde Drácula, es un lugar bastante conocido. Aquí tomaré algunas notas, ya que puede que me refresquen la memoria cuando comente el viaje con Mina.

En la población de Transilvania existen cuatro nacionalidades diferentes: los sajones al sur y, mezclados con ellos, los valacos, que descienden de los dacios; al oeste, los magiares, y al este y al norte, los székely. Yo voy a vivir entre estos últimos, quienes aseguran ser descendientes de Atila y los hunos. Es probable que así sea, puesto que, cuando los magiares conquistaron el país en el siglo XI, encontraron a los hunos allí asentados. He leído que todas las supersticiones del mundo se hallan reunidas en la herradura que forman los Cárpatos, como si estos fueran el centro de una especie de torbellino imaginativo; de ser así, mi estancia puede resultar muy interesante. (Debo recordar preguntarle al conde sobre este tema).

No he dormido bien, a pesar de que mi cama era cómoda, porque he tenido sueños extraños. Un perro estuvo aullando durante toda la noche bajo mi ventana, lo que puede haber contribuido a este hecho, o puede que la causa haya sido el pimentón, ya que tuve que beber toda el agua de la jarra, y aun así seguía teniendo sed. Al acercarse la mañana me quedé dormido, y me despertó un continuo golpear en mi puerta; supongo que debía de encontrarme profundamente dormido. El desayuno también iba condimentado con pimentón y una especie de papilla de harina de maíz que, según me dijeron, se llamaba *mamaliga*, y unas berenjenas con carne picada, plato excelente al que llaman *impletata*. (También voy a pedir esta receta). Tuve que desayunar a toda prisa, porque el tren partía un poco antes de las ocho, o más bien eso es lo que habría debido ocurrir, pues, tras dirigirme apresuradamente a la estación a las siete y media, tuve que esperar sentado en el vagón durante más de una hora hasta que iniciamos el viaje. Tengo la impresión de que, cuanto más nos adentramos en oriente, más impuntuales son los trenes. ¿Cómo serán los de China?

Durante todo el día recorrimos a paso de tortuga una región repleta de bellezas de todas clases. A veces veíamos pequeños pueblos o castillos en las cumbres de escarpadas colinas, como los que se ven en los misales antiguos; otras veces seguíamos el curso de ríos y arroyos que, a juzgar por los anchos parapetos de piedra que protegían ambas orillas, sufrían grandes crecidas. Se necesita mucha agua y una corriente fuerte para barrer por completo la margen exterior de un río. En todas las estaciones había grupos de personas, a veces multitudes, ataviadas de las formas más variadas. Algunos eran como los campesinos de mi país, o como los que vi al atravesar Francia y Alemania, con chaquetas cortas y sombreros redondos y pantalones caseros; pero otros eran muy pintorescos. Las mujeres parecían guapas, hasta que te acercabas a ellas, pero de cintura desgarrada. Todas llevaban mangas blancas y largas de uno u otro tipo, y la mayoría, grandes cinturones, de los que pendían múltiples cintas, como los vestidos de *ballet*, aunque, por supuesto, llevaban enaguas debajo. Las figuras más extrañas que vimos fueron los eslovacos, más bárbaros que el resto, con sus grandes sombreros de vaquero, amplios pantalones de un blanco ceniciento, camisa blanca de hilo y cinturones de cuero enormes y pesados de casi un pie de ancho, guarnecidos con clavos de latón. Calzaban botas altas, con los pantalones metidos por dentro, y tenían el pelo largo y negro y espesos bigotes negros. Son muy pintorescos, pero no resultan atractivos. En un teatro les adjudicarían inmediatamente el papel de una antigua cuadrilla de bandoleros orientales. No obstante, me han dicho que son inofensivos y que carecen de agresividad.

El día tocaba a su fin cuando llegamos a Bistrita, que es una ciudad muy antigua e interesante. Por estar situada prácticamente en la frontera —el desfiladero del Borgo lleva de allí a Bucovina—, ha tenido una existencia tormentosa, cuyas huellas son palpables. Hace cincuenta años tuvo lugar una serie de grandes incendios que causaron terribles estragos en cinco ocasiones. A principios del siglo XVII sufrió un asedio de tres semanas, en el que perecieron trece mil personas, siendo incrementadas las bajas de guerra por el hambre y las enfermedades.

El conde Drácula me había indicado que fuese al Hotel Corona de oro que, para mi gran alegría, resultó ser completamente anticuado: naturalmente, yo quería conocer lo mejor posible las costumbres del país. Era evidente que me esperaban porque, al aproximarme a la puerta, me topé con una anciana de talante jovial, que llevaba el vestido habitual de las campesinas: ropa interior blanca y delantal largo y doble, a la espalda y al pecho, de tela de colores,

casi demasiado ceñido para la modestia. Al acercarme a ella, hizo una inclinación de cabeza y dijo:

—¿El *Herr* inglés?

—Sí —respondí—; Jonathan Harker.

Sonrió y le dio un recado a un anciano que llevaba una camisa blanca y que la había seguido hasta la puerta. Este se marchó y regresó inmediatamente con una carta:

«Amigo mío:

Bienvenido a los Cárpatos. Le espero con impaciencia. Duerma bien esta noche. La diligencia partirá mañana a las tres hacia Bucovina. En ella hay un asiento reservado para usted. En el desfiladero del Borgo le esperará un carruaje que lo traerá hasta aquí. Confío en que haya tenido un feliz viaje desde Londres, y que disfrute de su estancia en mi hermosa tierra.

Su amigo,

DRÁCULA»

4 de mayo.—He descubierto que el posadero había recibido una carta del conde, en la que le rogaba que me reservase el mejor asiento de la diligencia; pero, al intentar averiguar más detalles, se mostró un tanto reservado, y fingió no comprender el alemán. No puede ser cierto, puesto que hasta ese momento lo había entendido perfectamente; al menos contestaba a mis preguntas como si así fuese. Él y su mujer, la anciana que me había recibido, se miraron como atemorizados. Balbuceó que le habían enviado dinero en una carta, y que eso era todo lo que sabía. Al preguntarle si conocía al conde Drácula y si podía decirme algo sobre su castillo, tanto él como su mujer se santiguaron y, tras asegurar que no sabían nada, sencillamente se negaron a seguir hablando. Estaba tan próxima la hora de la partida que no me quedó tiempo para preguntar a nadie más. Todo era muy misterioso y no precisamente tranquilizador.

Justo antes de marcharme, la anciana subió a mi habitación y me dijo histéricamente:

—¿Tiene que irse? Oh, joven *Herr*, ¿tiene que irse?

Se encontraba en tal estado de agitación que me pareció que había perdido el escaso dominio del alemán que poseía y que lo mezclaba con algún otro idioma que desconozco por completo. Solo comprendí sus palabras tras formularle muchas preguntas. Al decirle que debía marcharme de inmediato y que tenía que resolver asuntos de gran importancia, volvió a preguntarme:

—¿Sabe qué día es hoy?

Le contesté que era el 4 de mayo. Ella negó con la cabeza y dijo:

—¡Sí, claro! Pero ¿sabe qué día es?

Al contestarle que no la entendía, prosiguió:

—Es la víspera de San Jorge. ¿No sabe que esta noche, cuando el reloj marque las doce, los espíritus malignos alcanzarán todo su poder? ¿Sabe adónde va y a lo que va?

Se hallaba embargada por una angustia tan evidente que traté de consolarla, sin conseguirlo. Finalmente se arrodilló y me imploró que no me marchase; al menos, que esperase uno o dos días para partir. Era todo muy ridículo, pero no me sentía tranquilo. Tenía cosas que hacer y no podía consentir que nada interfiriese en mi camino. Sin embargo, traté de hacerla levantar y le dije con toda la gravedad de que fui capaz que se lo agradecía, pero que mis deberes eran urgentes y que tenía que marcharme. Entonces se puso de pie y se secó los ojos, se quitó un crucifijo que llevaba en torno al cuello y me lo ofreció. No supe qué hacer, ya que, como anglicano, me han enseñado a considerar tales cosas como idólatras en cierta medida, y sin embargo, me parecía poco elegante rechazárselo a una anciana con tan buenas intenciones y en semejante estado de ánimo. Supongo que vio la duda reflejada en mi rostro, porque me colocó el rosario alrededor del cuello y dijo:

—Hágalo por su madre. —Y salió de la habitación.

Escribo esta parte del diario mientras espero el coche que, por supuesto, lleva retraso; y el crucifijo aún pende de mi cuello. No sé si se debe al temor de la anciana, a las múltiples tradiciones fantasmales de este lugar, o al propio crucifijo, pero no me siento ni mucho menos tan tranquilo como de costumbre. Si este cuaderno llegase a manos de Mina antes que yo, que sea portador de mi despedida. ¡Ahí llega el coche!

5 de mayo. El castillo.—Se ha desvanecido la bruma de la mañana, y el sol está muy alto en el horizonte distante, que parece quebrado, no sé si por árboles o colinas. Está tan lejos que las cosas pequeñas y las grandes se confunden. No tengo sueño, y como no van a llamarme hasta que me despierte, escribiré hasta que me quede dormido. Hay muchas cosas extrañas que anotar, y para que quien las lea no piense que he cenado demasiado fuerte antes de salir de Bistríta, describiré en qué ha consistido mi cena exactamente. Tomé lo que aquí llaman «filete de ladrón»: trozos de panceta, cebolla y carne de vaca, condimentados con pimentón y ensartados en varillas y asados al fuego, ¡al estilo en que se prepara la carne de caballo en Londres! El vino era Mediasch dorado, que produce un extraño

picor en la lengua, aunque no es desagradable. Solo bebí dos vasos, y nada más.

Al subir al coche, el cochero aún no había ocupado el pescante, y lo vi hablar con la mesonera. Evidentemente, hablaban de mí, porque de cuando en cuando me miraban, y algunas de las personas que estaban sentadas junto a la puerta en un banco —cuyo nombre significa ‘portador de palabras’— se acercaron a escuchar y me miraron, la mayoría con expresión de lástima. Oí repetir muchas palabras, palabras extrañas, puesto que en la multitud estaban representadas muchas nacionalidades. De modo que saqué discretamente mi diccionario políglota de la maleta y las busqué. Debo decir que su lectura no me animó, porque entre ellas se encontraban *Ordog*, que quiere decir ‘Satán’; *pokol*, ‘infierno’; *stregoica*, ‘bruja’; *vrolok* y *vlkoslak*, que significan lo mismo; la una es el término eslovaco y la otra el término servio para denominar algo que tiene el significado de ‘hombre-lobo o vampiro’. (Debo recordar preguntarle al conde sobre estas supersticiones).

Cuando partimos, la multitud reunida a la puerta de la posada, que había aumentado hasta adquirir proporciones considerables, se santiguó y me señaló con dos dedos. Logré con cierta dificultad que un compañero de viaje me explicase lo que querían decir. Al principio se negó a contestarme, pero al enterarse de que yo era inglés, me explicó que era un hechizo o protección contra el mal de ojo. No me resultó muy agradable, en un momento en el que partía hacia un lugar desconocido para reunirme con un hombre también desconocido, pero todos parecían tan bondadosos, tan apenados y tan comprensivos que no pude evitar emocionarme. Nunca olvidaré la última visión del patio de la posada y su multitud de figuras pintorescas, todas ellas santiguándose, en torno a la amplia arcada, con un fondo de brillante follaje de adelfas y naranjos plantados en cubas verdes, agrupadas en el centro del patio. Entonces nuestro conductor, cuyos amplios calzones de lino cubrían la parte delantera de la cabina —ellos la llaman *gotza*—, hizo restallar su gran látigo sobre los cuatro caballos enanos, que marchaban uno junto a otro, e iniciamos el viaje.

Pronto desaparecieron de mi vista y de mi recuerdo los temores fantasmales, ante la belleza del escenario que contemplaba, aunque, de haber conocido el idioma o, mejor dicho, los idiomas que hablaban mis compañeros, quizá no habría podido desecharlos con facilidad. Ante nosotros se extendía una tierra verde y empinada, cubierta de bosques y selvas, con colinas escarpadas coronadas por grupos de árboles o por granjas, con el extremo romo del aguilón apuntando



hacia la carretera. Por todas partes había masas desconcertantes de frutales en flor: manzanos, ciruelos, perales, cerezos; y a medida que avanzábamos veía sembrada de pétalos caídos la hierba verde bajo los árboles. Por los recovecos de estas colinas verdes de lo que aquí llaman tierra de Mittel, discurría la carretera, que se perdía al doblar una curva herbosa o desaparecía entre las copas de los pinos que se desperdigaban aquí y allá por las laderas de las colinas, como lenguas de fuego. La carretera era accidentada; sin embargo, parecía que volábamos sobre ella a velocidad febril. Yo no entendía entonces el objeto de tanta velocidad, pero evidentemente el conductor estaba empeñado en llegar cuanto antes al desfiladero del Borgo. Me dijeron que esta carretera es excelente en verano, pero que aún no la habían puesto en condiciones tras las nieves del invierno. En este sentido, es diferente de la mayoría de las carreteras de los Cárpatos, porque, por tradición, no las mantienen en muy buen estado. Ya en la antigüedad los hospedares¹ no las reparaban, para evitar que los turcos pensaran que se preparaban para traer tropas extranjeras y acelerar la guerra, que siempre estaba a punto de estallar.

Detrás de las abultadas colinas verdes de la tierra de Mittel se alzaban inmensas pendientes boscosas que llegaban hasta las elevadas laderas de los Cárpatos propiamente dichos. Se erguían a derecha e izquierda, con el sol de la tarde que caía de plano sobre ellas y subrayaba los magníficos colores de una gama maravillosa: azul oscuro y púrpura en las sombras de las cumbres, verde y marrón allí donde se mezclaban hierba y roca, y una infinita perspectiva de rocas dentadas y riscos afilados hasta perderse en la lejanía, donde se alzaban, grandiosos, los picos nevados. De trecho en trecho aparecían enormes hendiduras en las montañas, por las que, al ponerse el sol, veíamos de cuando en cuando el destello blanco de una cascada. Uno de mis compañeros me tocó en el hombro cuando rodeábamos velozmente la base de una colina y empezábamos a remontar el pico escarpado y nevado de una montaña, que al proseguir nuestro camino zigzagueante parecía encontrarse justo frente a nosotros:

—¡Mire! *¡Isten szek!* ¡El asiento de Dios! —Y se santiguó reverentemente.

Mientras serpenteábamos por la interminable carretera y el sol se hundía cada vez más a nuestra espalda, empezaron a envolvernos las sombras de la noche, acentuadas por el hecho de que en la cumbre nevada de las montañas se demoraba el crepúsculo, que parecía difundir un brillo de un rosa delicado y frío. Veíamos de cuando en cuando a checos y eslovacos, todos ellos con atuendos

pintorescos, pero observé que el bocio abundaba lastimosamente. Al borde de la carretera había muchas cruces, ante las que todos mis compañeros se santiguaban. Aquí y allí se veía un campesino o campesina arrodillados ante un santuario, y ni siquiera se daban la vuelta al aproximarnos nosotros: sumidos en el autoabandono de la devoción, al parecer no tenían ojos ni oídos para el mundo exterior. Había muchas cosas que me resultaban nuevas: por ejemplo, almiares en los árboles, y hermosos bosques de sauces llorones desperdigados, sus troncos blancos y brillantes como la plata, entre el delicado verde de las hojas. De cuando en cuando adelantábamos a una carretera, el transporte corriente de los campesinos, con su larga vértebra como de serpiente, calculada para adaptarse a las irregularidades de la carretera. En ellas siempre iba sentado un nutrido grupo de campesinos que regresaba a casa; los checos, con sus pieles de cordero blanco, y los eslovacos, de colores. Estos últimos llevaban largos bastones a modo de lanza con un hacha en el extremo. Al caer la noche, empezó a hacer mucho frío y el crepúsculo creciente parecía sumergir en una única neblina oscura la tenebrosidad de los árboles —robles, hayas y pinos—, aunque en los valles, que se extendían profundos entre los espolones de las colinas a medida que ascendíamos por el desfiladero, se destacaban los oscuros abetos contra el fondo de nieve reciente. A veces, como la carretera se abría entre bosques de pinos, que en la oscuridad parecían cerrarse sobre nosotros, las grandes masas de color gris que se derramaban sobre los árboles producían un efecto particularmente misterioso y solemne, que fomentaba los pensamientos y macabras fantasías engendrados a primeras horas de la tarde, cuando el sol poniente proporcionaba un extraño relieve a las nubes fantasmales, que entre los Cárpatos parecen culebrear incesantemente por entre los valles. Otras veces, las colinas eran tan escarpadas que, a pesar de la prisa del conductor, los caballos solo podían remontarlas despacio. Yo quise apearme y subirlas a pie, como hacemos en mi país, pero el conductor no quiso ni oír hablar de ello.

—No, no —dijo—; no debe caminar por aquí. Los perros son demasiado feroces —y a continuación añadió, con lo que a todas luces él consideraba humor negro, ya que miró a su alrededor en busca de la sonrisa de aprobación de los demás—: Y puede que se harte de esto antes de dormirse.

La única parada que consintió hacer fue una pausa momentánea para encender las lámparas.

Al oscurecer pareció apoderarse de los pasajeros una cierta excitación, y todos ellos, uno tras otro, se pusieron a hablar con el co-

chero como para incitarlo a aumentar la velocidad. Este azotaba despiadadamente a los caballos con el látigo, y con furiosos gritos de aliento los apremiaba a hacer mayores esfuerzos. Entonces vi delante de nosotros, entre la oscuridad, una especie de mancha de luz gris, como si hubiese una grieta en las montañas. Aumentó la excitación de los pasajeros; el carruaje, enloquecido, se bamboleaba sobre sus grandes ballestas de cuero y se balanceaba como un bote zarandeado por un mar borrascoso. Tuve que agarrarme. La carretera se hacía más llana, y nos daba la impresión de ir volando. De pronto las montañas parecieron acercarse a nosotros por ambos lados y mirarnos ceñudas. Estábamos entrando en el desfiladero del Borgo. Uno tras otro, varios pasajeros me ofrecieron obsequios con tal insistencia y seriedad que me fue imposible rechazarlos; eran, sin lugar a dudas, extraños y variados, pero todos ellos me los dieron con sencilla buena fe, con una palabra amable y una bendición, y con aquella peculiar mezcla de movimientos que expresaban temor y que ya había visto a la puerta del hotel de Bistrita: la señal de la cruz y la protección contra el mal de ojo. Después, mientras avanzábamos a toda velocidad, el conductor se inclinó hacia adelante y los pasajeros se asomaron a ambos lados del coche, estirando el cuello por encima del borde para escrutar impacientes la oscuridad. Era evidente que ocurría algo emocionante o que se esperaba que ocurriese, pero aunque pregunté a todos los pasajeros, ninguno me dio la menor explicación. Este estado de excitación continuó durante cierto tiempo; y finalmente vimos ante nosotros el desfiladero, que se abría en el extremo oriental. En el cielo se balanceaban nubes oscuras, y en el aire flotaba la sensación pesada y opresiva de la tormenta. Era como si la cadena montañosa hubiese dividido dos atmósferas y nos hubiésemos internado en la tormentosa. Yo buscaba con la mirada el medio de transporte que habría de llevarme a la casa del conde. A cada momento esperaba ver el destello de unos faros entre la negrura; pero todo estaba oscuro. La única luz la proporcionaban los rayos parpadeantes de nuestras lámparas, sobre la que se elevaba, formando una nube blanca, el vaho de los caballos agotados.

Ya se veía la carretera arenosa que se extendía ante nosotros en toda su blancura, pero no había en ella señales de vehículo alguno. Los pasajeros retrocedieron con un suspiro de alegría, que se me antojó una burla de mi decepción.

Estaba pensando qué podría hacer, cuando el conductor miró su reloj y dijo a los demás algo que apenas alcancé a oír, tan bajo fue el tono en que habló. Creo que dijo:

—Una hora antes de lo previsto.

Después se volvió hacia mí y dijo en un alemán peor que el mío:

—Aquí no hay ningún carruaje. Después de todo, no esperan al *Herr*. Que vaya ahora hasta Bucovina y regrese mañana o pasado mañana; mejor pasado mañana.

Mientras hablaba, los caballos se pusieron a relinchar, a piafar y corcovear furiosamente, de modo que el conductor tuvo que sujetarlos. Entonces, entre un coro de chillidos de los campesinos y un santiguarse generalizado, apareció detrás de nosotros una calesa tirada por cuatro caballos; nos adelantó y se acercó al coche. Al destello de nuestros faros, cuyos rayos cayeron sobre los caballos, vi que eran negros como el carbón, unos animales espléndidos. Los guiaba un hombre alto, de barba larga y castaña y gran sombrero negro, que parecía ocultar su cara a nuestras miradas. Solo podía ver el refulgir de unos ojos muy brillantes, que al volverse hacia nosotros parecieron rojos a la luz del faro. Dijo al cochero:

—Esta noche ha llegado pronto, amigo mío.

—El *Herr* inglés tenía prisa —respondió el cochero tartamudeando.

A lo que replicó el recién llegado:

—Supongo que esa es la razón por la que usted quería que siguiera hasta Bucovina. No puede engañarme, amigo mío; sé muchas cosas, y mis caballos son veloces.

Sonreía al hablar, y la luz de la lámpara cayó sobre una boca de expresión dura, de labios rojos y dientes afilados, blancos como el marfil.

Uno de mis compañeros susurró a otro un verso de *Leonora*, de Bürger²:

«*Denn die Todten reiten schnell*».

(Porque los muertos viajan deprisa).

Evidentemente, el singular cochero oyó las palabras, porque alzó la vista con una sonrisa resplandeciente. El pasajero volvió la cara, al tiempo que se santiguaba y señalaba con dos dedos.

—Deme el equipaje del *Herr* —dijo el conductor.

Le tendieron mis maletas con extraordinaria presteza y las colocaron en la calesa. A continuación bajé por un lado del coche, pues la calesa se encontraba pegada a su costado, ayudado por el conductor, que me sujetó con mano de acero; su fuerza debía de ser prodigiosa. Sacudió las riendas sin decir palabra, los caballos dieron la vuelta y nos precipitamos en la oscuridad del desfiladero. Al

mirar atrás vi el vaho que despedían los caballos del coche a la luz de los faros, y recortadas contra ella las figuras de mis últimos compañeros, que se santiguaban. El conductor hizo restallar el látigo y dio voces a los caballos, que se internaron en el camino que llevaba a Bucovina.

Al sumirnos en la oscuridad experimenté un extraño escalofrío, y me invadió una sensación de soledad; pero el cochero me colocó una capa sobre los hombros y una manta en las rodillas, y dijo en excelente alemán:

—La noche es fría, *mein Herr*, y mi amo el conde me ha ordenado cuidarle. Bajo el asiento hay una petaca de *slivovitz* (coñac de ciruela del país), por si lo necesita.

No bebí, pero a pesar de ello me animó saber que estaba allí. Me sentía un poco raro, y no poco asustado. Creo que, de haber existido otra alternativa, me habría decidido por ella, en lugar de proseguir aquel desconocido trayecto nocturno. El carruaje marchaba a buen paso en línea recta; giramos y nos internamos en otra carretera igualmente recta. Se me antojó que pasábamos una y otra vez por el mismo lugar; así que me fijé en un punto sobresaliente, y descubrí que efectivamente era así. Me habría gustado preguntarle al conductor qué significaba todo aquello, pero la verdad es que me daba miedo hacerlo, porque me parecía que, en la posición en que me encontraba, cualquier protesta habría sido inútil si deliberadamente quería retrasarnos. Más adelante, y como sentía curiosidad por saber cuánto tiempo había transcurrido, encendí una cerilla y miré mi reloj a la luz de la llama; faltaban unos minutos para la medianoche. Esto me produjo una especie de conmoción. Supongo que la superstición general sobre la medianoche había aumentado con mis experiencias recientes. Me quedé a la expectativa, con una malsana sensación de ansiedad.

En ese momento empezó a aullar un perro en una alquería carretera abajo. Era un lamento largo, angustioso, como de temor. Otro perro reanudó el sonido, y después otro y otro, hasta que, llevado por el viento que suspiraba suavemente por el desfiladero, se inició un aullar salvaje que parecía provenir de todo el país y llegar hasta donde alcanzaba la imaginación, atravesando las tinieblas de la noche. Al primer aullido los caballos se pusieron nerviosos y se encabritaron, pero el cochero les habló dulcemente y se tranquilizaron, aunque temblaban y sudaban como si hubiesen huido de un peligro repentino. Entonces, en la lejanía de las montañas que se elevaban a ambos lados, se inició un aullar aún más fuerte y más agudo —un aullido de lobos— que nos afectó por igual a los caba-

llos y a mí, ya que estuve a punto de saltar de la calesa y echar a correr, mientras que ellos volvieron a encabritarse y a corcovear con tal furia que el conductor tuvo que utilizar toda su enorme fuerza para impedir que se desbocaran. Pero al cabo de unos momentos mis oídos se acostumbraron a aquel sonido, y los caballos se sosegaron tanto que el conductor pudo descender y colocarse delante de ellos. Los acarició y los tranquilizó y les susurró algo en las orejas, como he oído decir que hacen los domadores de caballos, con resultados extraordinarios: con las caricias se apaciguaron, aunque siguieron temblando. El conductor volvió a tomar asiento, sacudió las riendas, y partimos a gran velocidad. En esta ocasión, tras llegar al lado izquierdo del desfiladero, giramos repentinamente por una estrecha calzada que torcía en curva hacia la derecha.

Pronto nos vimos rodeados de árboles, que en algunos puntos se abovedaban de tal modo que era como atravesar un túnel; y una vez más nos escoltaron audazmente grandes rocas que se erguían ceñudas a ambos lados del camino. Aunque estábamos a cubierto, oíamos el viento creciente que gemía y silbaba por entre las rocas, y las ramas de los árboles se desgajaban a nuestro paso. Aumentó el frío, y siguió aumentando, y empezó a nevar en pequeños copos escamosos, de modo que al poco tiempo nosotros y todo lo que nos rodeaba quedamos cubiertos por una capa blanca. El fuerte viento aún llevaba los ladridos de los perros, aunque se debilitaban a medida que avanzábamos. El gañir de los lobos parecía cada vez más cercano, como si nos estuvieran cercando por todas partes. Empecé a sentir un miedo espantoso, y los caballos compartían mi temor; pero el conductor no estaba preocupado lo más mínimo. Giraba incesantemente la cabeza a derecha e izquierda, pero yo no veía nada en la oscuridad.

De repente, a cierta distancia a nuestra izquierda, vi una débil llama parpadeante. El conductor la vio al mismo tiempo; detuvo de inmediato los caballos, saltó al suelo y desapareció en la oscuridad. Yo no sabía qué hacer, y menos aún cuando los aullidos de los lobos se hicieron más próximos. Mientras me hallaba sumido en un mar de dudas, el conductor volvió a aparecer repentinamente. Sin decir palabra tomó asiento, y proseguimos el viaje. Creo que debí de quedarme dormido y soñar con aquel incidente, porque, al parecer, se repitió infinitamente, y ahora lo recuerdo como una especie de pesadilla terrible. En una ocasión, la llama destelló tan cerca de la carretera que a pesar de la oscuridad reinante pude observar los movimientos del cochero. Se dirigió rápidamente al lugar del que surgía la llama —debía de ser muy débil, porque no iluminaba el

espacio a su alrededor—, recogió unas cuantas piedras y las amontonó. En otra ocasión se produjo un extraño efecto óptico: al interponerse aquel hombre entre la llama y yo, no la tapó, y seguí viendo su fantasmal resplandor. Aquello me sobresaltó, pero como el fenómeno fue momentáneo, pensé que mis ojos me habían engañado al esforzarme por penetrar la oscuridad. Después dejaron de verse las llamas azules durante un rato, y seguimos nuestro camino velozmente en medio de las tinieblas, con el aullar de los lobos a nuestro alrededor, como si nos siguieran formando un círculo móvil.

Finalmente llegó un momento en que el cochero avanzó más lejos que hasta entonces, y durante su ausencia los caballos se echaron a temblar más que nunca y a bufar y a piafar de miedo. Yo no comprendía la razón, porque había cesado el aullar de los lobos, pero entonces apareció la luna deslizándose entre las nubes negras, tras la cresta dentada de una roca cubierta de pinos, y a su luz vi que nos rodeaba un anillo de lobos, de dientes blancos y lenguas rojas y colgantes, de miembros nervudos y cuerpos peludos. En el lóbrego silencio que se cernía sobre ellos, eran casi cien veces más terroríficos que cuando aullaban. Por mi parte, experimenté una sensación paralizadora de miedo. Solo cuando un hombre se enfrenta cara a cara con tales horrores puede comprender su verdadero significado.

Los lobos empezaron a aullar todos a una, como si la luz de la luna ejerciera un efecto especial sobre ellos. Los caballos pateaban y se encabritaban y miraban desesperados a su alrededor con ojos que giraban de una forma que daba lástima verlos; pero el anillo viviente de terror los cercaba por todas partes y tuvieron que quedarse forzosamente en su interior. Grité al cochero que viniese, porque pensaba que nuestra única oportunidad consistía en tratar de romper el círculo y ayudarlo a regresar. Chillé y golpeé el costado de la calesa, con la esperanza de que el ruido asustara a los lobos y los alejara de ese lado, lo que le daría la oportunidad de llegar hasta el coche. No sé cómo se acercó allí, pero oí su voz hablando en tono imperioso, y al mirar en la dirección de la que provenía el sonido, lo distinguí parado en la calzada. Agitó sus largos brazos, como para apartar un obstáculo invisible, y los lobos retrocedieron más y más. En ese momento, una densa nube ocultó la luna, de modo que quedamos sumidos de nuevo en la oscuridad.

Cuando volví a ver, el cochero estaba saltando al coche y los lobos habían desaparecido. Era todo tan extraño que me invadió un miedo pavoroso y no me atreví a hablar ni a moverme. Mientras avanzábamos veloces, el tiempo parecía interminable; las tinieblas

CAPÍTULO I

eran casi absolutas, ya que las nubes oscurecían la luna al desplazarse. Seguimos ascendiendo, con tramos ocasionales de rápido descenso, pero por lo general siempre ascendíamos. De repente caí en la cuenta de que el cochero detenía los caballos en el patio de un amplio castillo en ruinas, de cuyas altas y negras ventanas no salía ni un rayo de luz y cuyas almenas semiderruidas mostraban una línea mellada que se recortaba contra el cielo iluminado por la luna.